

¡PRUEBA

SUPERADA!

Ese beso, impactó como un torpedo en mi mejilla, esparciendo amor en cantidades ingentes, desde la raíz de mi cabello, hasta la más profunda de mis entrañas.

-Gracias papi- fue lo único que salió de mi garganta. Y salimos del ascensor, dirección a la peluquería de siempre.

Allí, él se dejó guiar hasta una silla giratoria, donde le mojaron la cabeza, y comenzaron a cortarle las largas greñas que le habían ido creciendo esos últimos meses, a una velocidad, sólo comparable con lo rápido que sus neuronas eran exterminadas por "algo", todavía inentendible para mi limitado intelecto. Debe ser algo similar a un farolero, que va apagando las luces de las farolas que encuentre a su paso; algunas deja una luz tenue un rato, antes de llegar la absoluta oscuridad. Pero otras se apagan totalmente en el acto (tal vez se podría propagar un incendio en su cabeza... si lo que necesita es luz...).

Allí estaba, sentado inmóvil frente a un espejo en el que se observaba con curiosidad. Buscaba algo familiar en ese señor que le miraba fijamente, pero no le sonaba de nada. Le miraba con esos ojitos tan pequeños (yo juraría que antes fueron mayores), pero a pesar de llevar viéndolo toda su vida, no lo reconocía. Le molestaba que no le quitara ojo, pero él se negaba a apartar la mirada, quizás su intención no fuera buena y debía estar alerta.

La peluquera no dejaba de preguntarle cosas para tenerlo entretenido, aunque sabía perfectamente que no obtendría contestación, no por mala educación, sino porque probablemente había iniciado un viaje hacia algún lugar del pasado.

-He terminado- dijo mientras daba el último tijeretazo, girando la silla hacia mí y mostrándome a mi querido padre, con un pelo perfectamente cortado y peinado.

Yo sonreía, pero una sensación de pánico brotaba por todos los poros de mi cuerpo. ¿Pánico?, ¿por qué pánico? Las preguntas eran retóricas, yo sabía perfectamente su respuesta. El mayor temor desde que a mi padre le habían diagnosticado el maldito Alzheimer, era que llegara un día, que llegara ese puñetero día en que no me reconociera.

Fantaseaba, imaginaba y lloraba ese momento desde hacía ya cuatro años.

Me miró, se levantó torpemente y se dirigió hacia mí. Creo que no recordaba mi nombre y puede que tampoco la relación filial que nos unía. Qué más da si era su mujer, su madre o su hija. Lo que era seguro, es que sabía que me quería, porque al llegar a mi lado se acercó y me dio un beso con la mayor ternura del mundo.

-¡Prueba superada!- pensé, a la vez que mi subconsciente me decía lo tonta que había sido por pasar ese miedo y tener esas fantasías, esas imaginaciones y esos lloros, desperdiciando los momentos del presente, por algo que pasará en el futuro... o no.

Salimos contentos de allí. Yo, porque ese beso había sido creado sólo para mí. Mi padre porque por fin, el señor que le miraba había desistido y ahora en su mundo, todo era felicidad.